

# Bet, la reina herida

## Versión 1

Subió a casa desde el restaurante. Tenía que descansar para el turno de la noche, que le exigía todo su encanto. Si la cercanía con el ayuntamiento hacía de Dibetània la opción preferente para comidas oficiales y de negocios, por la noche la discreción asegurada era la razón de que ocuparan sus reservados políticos y empresarios. Sólo Bet asignaba mesas, recomendaba platos y velaba por la discreción en las entradas y salidas. Por la tarde iría a ver a Marga, que le pusiera a punto las cejas y le untara todo el cuerpo de algas y de perfume hidratante. Cèlia, después, daría a sus rubios rizos la impronta de una actriz.

Esta noche no vería a Narcís. Estaba de campaña política, de nuevo. La última fue terrible. Nervioso, exigente y malhumorado, apenas la vio para purgarse de sus presiones con sexo rápido y mal llevado. Lo peor era verle con su mujer en imágenes oficiales. Sonrientes, cariñosos, ¡maldita mujer! ¿Cuándo iba a desaparecer?

Necesitaba a Narcís. Llenaba su vida de aventura, de sentido. Le daba un objetivo: amarlo. No le harían renunciar a él ni los rumores, ni los mandos del partido, ni por supuesto la innombrable, que venía a veces a Dibetània con las demás consortes de los políticos a atufarle el restaurante con su hedor a ganadora. Ganadora... ¡ja! Si supiera todo lo que sabía de ella, no la miraría con tanta prepotencia. Narcís le daba A ELLA lo que mejor tenía: su pasión, los secretos que no podía saber nadie, su lado salvaje. La librabá de las trampas en que caían las mujeres: hijos, rutina, la cocina, el traje de los domingos, las comidas con los suegros, las salidas del colegio, reparar en gastos...